

A vintage movie poster for the film 'Sendas Siniestras'. The background is a color illustration of a saloon scene with several men in Western attire. On the left, a man in a brown shirt and hat (Randolph Scott) stands with a gun. Next to him, a man in a top hat and vest (Kay Francis) is in a tense conversation. In the center, a man in a brown jacket and hat (Brian Donlevy) holds a gun. To his right, a man in a white shirt and vest (George Bancroft) is also in the conversation. Further right, a man in a dark vest and hat (Andy Devine) stands. In the background, another man in a suit and hat is visible. The title 'SENDAS SINIESTRAS' is written in large, bold, orange letters with a black outline, slanted across the middle. The names of the cast members are listed on the left side. A small circular logo is in the bottom left corner.

RANDOLPH SCOTT
KAY FRANCIS
BRIAN DONLEVY
GEORGE BANCROFT
ANDY DEVINE

SENDAS SINIESTRAS





Sendas siniestras

Dramático asunto, dinámico y emocionante

Dirigido por

GEORGE MARSHALL

Producción

UNIVERSAL PICTURES COMPANY

Presentada por

FILMÓFONO, S. A.

Principales intérpretes: **Randolph Scott - Kay Francis - Brian Donlevy - George Bancroft - Broderick Crawford - Amy Devine - Stuart Edwin - Frank Albertson**

EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

Sendas siniestras

SINTESIS DEL ARGUMENTO

1891. Tod Jackson, apuesto y reciente abogado, regresó a su pueblo natal de Coffeyville, del Estado de Kansas, y experimentando el deseo de reanudar la antigua amistad que le unía con la familia Dalton, se informó de un herrero del camino de su granja. Pero el herrero, hombre cargado de recuerdos y además charlatán, pareció dispuesto a consumir su escaso tiempo con la narración de los sucesos locales, por lo cual el abogado decidióse a buscar a sus amigos por sus propios medios.

Pero al cruzar la calle principal del pueblo, se detuvo ante el escaparate de un fotógrafo, a través del cual presencié el fracaso de la familia Dalton, compuesta de la madre y de los cuatro hermanos, en formar un grupo artístico. Gary Dalton, siguiendo las indicaciones del fotógrafo, se apretó contra sus hermanos, desbaratando los preparativos y arrojando al suelo a toda su parentela.

Gary Dalton era hombre poca paciencia y al ver un desconocido riéndose de la catástrofe, le interpeló furibundo. Tod no quiso darse a conocer y despreciando sus gritos, volvió sobre sus pasos, en el preciso momento en que Oscar, el criado de la familia, escapaba de las iras de su celosa novia, que empuñaba un revólver, escondiéndose detrás del abogado y tirándole sobre el pavimento de la calle.

Las amenazas y las lamentaciones, atrajeron a Bob Dalton, el cual, en su calidad de ayudante del sheriff, impuso la paz... momentáneamente, pues Gary, con la ayuda de Ernie, el hermano menor, hicieron una jugarreta a Tod. Ernie simuló huir de la pistola de Gary y se revolvió con Tod, mientras su hermano destronaba la maleta del abogado a tiros.

Pero como la paciencia de Tod era, asimismo, escasa, empujó a Gary y lo lanzó al abrevadero, en donde se puso hecho una lástima. La cosa pasó a mayores y no llegaron a las manos, pues mamá Dalton intervino alejando la conducta de todos por partes iguales, tras de lo cual Tod se dio a conocer.

Es inútil querer pintar la alegría de la familia, que inmediatamente convenció a su amigo de la infancia a que celebrase con ellos el cumpleaños de la señora, demorando su partida hasta el día siguiente.

Mientras los Dalton recogían su equipaje, Tod se dirigió a la estación a poner un telegrama, en el momento en que el telegrafista estaba recontando ganado. Se presentó en los corrales y recibió la mayor sorpresa de su vida al descubrir que el telegrafista era una hermosa muchacha llamada Julia, a la que, olvidándose del telegrama, galanteó e invitó a salir con él, recibiendo unas estupendas calabazas.

Por la noche contaba a Bob la impresión que la desconocida le había producido, anunciando que tenía los ojos como sueños, y poco más tarde, después de haber recibido la madre un estupendo carricoche como regalo, del que tuvieron que desalojar a Oscar, que hacía el amor a una muchacha subido en él, apareció la telegrafista.

Bob comprendió por la expresión de su rostro, aunque lo intentase disimular, el enamoramiento de Tod, cuando le declaró que Julia era su prometida. Afortunadamente para el abogado, se presentó un ranchero comunicando que había sido expulsado de sus tierras por River y los peritos de una compañía explotadora.

Como este era un problema que preocupaba a todos, Gary quiso enardecer a los invitados para acabar con los espoliadores, pero la prudencia de Ben y de Bob se impuso y

asistidos por Winter, agente del catastro en el pueblo, convencieron a Tod que se quedase allí y que procediera por vía legal contra los usurpadores.

* * *

Pasaron los días y el amor de Tod y de Julia creció, tomando unas proporciones insupportables, sobre todo al instar la joven al abogado que confesase su pasión a Bob, cosa a la que se resistió con tenacidad, queriendo evitar un disgusto a su compañero de infancia.

Así las cosas, y en ausencia de Bob, cierta mañana Erme congregó a sus otros dos hermanos con premura, pues River y sus secuaces habían entrado en sus tierras. Armados convenientemente, se presentaron ante ellos y, ya que las palabras no convencían a los traidores, Erme provocó una pelea, que terminó Ben, golpeando al hombre que iba a disparar sobre el muchacho, con tan mala fortuna que le mató.

Llegado el día del juicio, Tod tuvo que hacer frente no sólo a la defensa de Ben, pero también a los debilitadores ruegos de Julia, empeñada en que hablase con Bob. La llegada de éste, con un hermoso anillo, cortó la discusión y empezó la vista de la causa.

River procedió traidoramente, comprando a los componentes del jurado, pero Tod logró desbaratar sus planes, demostrando al juez su mala fe, que se recrudeció en el momento de prestar declaración un falso testigo. Gary, loco de ira, le atacó y solamente, a costa de grandes esfuerzos, impidieron que le diera muerte.

Las consecuencias de esto fueron lamentables. Bob fue requerido para detener a Gary, pero, quitándose la insignia

de su autoridad, golpeó al sheriff, mientras Erme le arrebató la pistola. Al ir a salir, el testigo, atacado por su hermano, les cerró el paso con un rifle. Inmediatamente, Bob hizo fuego y los cuatro hermanos se dieron a la fuga, en compañía de Oscar.

Como muchas veces ocurre, la resuelta conducta de los hermanos motivó que se les achacasen todos los crímenes que se cometían en el Estado, con el resultado de que su cabeza fue puesta a precio, mientras ellos se morían de hambre en su escondite de las montañas. Ben, que había sido portador de estas noticias, propuso:

—Bob, ¿por qué no iremos a otro Estado a ver si ganamos el asunto?

Era una buena idea, pero carecían de dinero. Se estrujaron los cerebros. Por fin, Gary aseguró que él tenía un plan salvador, y preguntado cuál era, contestó:

—He pensado en nuestros amigos los de la Nueva Compañía de Explotación. Envían el dinero todos los miércoles por la diligencia.

De esta manera, empujados por el hambre y la desesperación, los hermanos Dalton y el gordísimo Oscar iniciaron sus funestas hazañas. El miércoles se apostaron en un desfiladero, cruzó la diligencia ante Bob, que saltó sobre el techo, y, decidido a no emplear las armas, se vió arrojado bajo las patas de los caballos. Con un vigoroso alarde de

fuerza, subió nuevamente por la parte trasera... Y en esta ocasión empuñaba una pistola.

Después del primer asalto a la diligencia, Ernie y Ben sintieron deseos de visitar a su madre. Ernie, loco de ira al ver su casa incendiada, penetró en el pueblo a galope, regresando sólo Ben. Y no necesitaron más para volar en su auxilio.

Julia estaba recibiendo un cablegrama, cuando Ernie se presentó, devanecido de hambre, en la estación. Rápidamente la joven le escondió y le ofreció su almuerzo, pero ya era tarde. Las huellas del muchacho habían sido descubiertas por los esbirros de River, que derribaron las puertas y sujetaron a Julia, empleándola como escudo para inutilizar los disparos del revólver de Dalton.

Los desalmados levantaron al pueblo y le incitaron a linchar a Ernie. Tod, avisado por Julia, y el sheriff quisieron oponerse y fueron pisoteados, asimismo como la señora Dalton, la cual logró contenerlos hasta que River habló. Sin embargo, el abogado volvió a la carga y mediante un carro, dispersó a los bárbaros verdugos, haciendo subir en él a su amigo.

Cuando Ernie ingresó en la cárcel, ésta estaba ocupada por sus hermanos y Oscar, que desarmaron al sheriff y lo encerraron en una celda. Sus contrarios lograron derribar la

puerta, pero los Dalton se abrieron camino a tiros y escaparon hacia la salida del pueblo. En su accidentada carrera, Ernie fué derribado de su cabalgadura de un tiro y Ben le cedió un caballo y esperó a sus enemigos.

De carácter más pacífico que sus hermanos, recibió a los habitantes con las manos en alto, dispuesto a mostrarles que estaban cometiendo una horrible injusticia:

—Un momento. Todos me conocéis. Yo no soy un bandido; soy un agricultor como vosotros...

Pero sus bondadosos intentos, fueron cortados por un traidor dispare de River, que le arrancó la vida. Súbitamente, los espectadores de este asesinato huyeron alarmados ante los caballos de Bob, Ernie, Gary y Oscar, que regresaban para rescatarle. Al verle muerto, Gary supuso lo ocurrido y buscó a River entre la muchedumbre despavorida; cuando le tuvo delante, le atravesó el corazón de un balazo.

Como si la muerte de Ben hubiera desatado un viento infernal en sus almas, planearon el asalto de un tren. Repetaron su llegada a una curva muy fina y saltaron por ambos lados al interior. En tanto que Oscar y Ernie contenían a los viajeros, Bob y Gary se apoderaron del furgón, mantuvieron a sus ocupantes y escaparon con todo lo que tenía valor.

* * *

A partir de este momento comenzó su carrera de crimenes. Los cuatro Estados cercanos a Kansas supieron de la audacia y de la destreza de los Dalton, dirigidos por Bob, con las armas en la mano. Desvalijaron bancos, acometieron a diligencias, asaltaron trenes en marcha, sostuvieron tiroteos, mataron, huyeron. La módica cantidad que en un principio había sido ofrecida por su captura subió a quince mil dólares casi de golpe y se fijó en veinte mil.

Los que les conocían y amaban, como Tod y Julia, no sabían a qué achacar el cambio. El tiempo pasaba y la lealtad guardada al amigo resultaba inútil, tratándose de un criminal, por lo que cierta mañana determinaron casarse; pero la gloria de su amor fue turbada entonces, por una piedra que rompió la ventana y que llevaba stado un papel. No sólo anunciaba la presencia de Bob en los contornos, pero también que aun amaba a Julia.

En efecto, los Dalton y un nuevo forajido, llamado Wilson, desayunaban a pocas millas de distancia, en un café, escuchando atentamente las bravatas de su propietario sobre lo que haría con sus personas en caso de que los tuviese delante. Y al blandir una pistola, los Dalton se dieron a conocer.

Sin embargo, su osadía fué puesta en conocimiento del sheriff del lugar por mediación de un aprehendido y asustado hombrecillo. Así que el funcionario dispuso el nodo que el aviso había formado en su garnate, ordenó a los que le rodeaban esperando su decisión:

—Bueno... pues tenemos que pensar en algo. Ten, vete a avisar a la gente, a todo el mundo. Que vengan armados. Coge tu rifle. Voy por el mío.

Las palabras del sheriff fueron rápidamente obedecidas. Los habitantes se distribuyeron unos en las esquinas, otros se apostaron detrás de unos sacos que había delante del café. Y el sheriff hizo el primer disparo.

Los Dalton y su compañero se tizaron al suelo y vaciaron metódicamente sus armas, sembrando la muerte a su alrededor. Cada disparo derribaba a un hombre; las balas zumaban peligrosamente sobre ellos. La situación era insostenible.

Oscar, vencido por su inclinación a las mujeres, estaba en una taberna hablando con dos muchachas, cuando conoció

el apuro en que se encontraban sus amigos. Corrió a unas cuadras, dió un puñetazo al encargado de la diligencia y subió a ella.

Mientras el gordinflón acudía a su socorro, Bob ordenó a Ernie que buscara una salida, pero poco más tarde el muchacho declaró que la única que había estaba batida por las balas de sus enemigos. Y Bob dijo con aurn a Wilson, arrodillado a su lado:

—Ya te dije que con nosotros te divertirías.

Oscar, haciéndose el tonto, detuvo la diligencia delante del café, amenazando a los tiradores con los más horribles suplicios si herían a un caballo. Sorprendidos de su necedad, cesó el tiroteo hasta que arrancó la diligencia, huyendo en ella sus amigos, que habían subido a ella sin ser vistos, como una exhalación.

—¡Si alguno de vosotros queda vivo, salga manos arriba!—comminó el sheriff.

El único que apareció fué el dueño del acribillado establecimiento. Así averiguada la astucia, emprendieron una rápida persecución, que de momento no preocupó mucho a los Dalton; incluso Gary dió a Oscar un pastel de limón por el servicio prestado.

Mas la pasada diligencia no podía competir en velocidad con los caballos de sus persecutores, a los que Ernie y Wilson trataron de contener haciendo fuego. Pero los metros distanciadores eran cada vez más escasos.

—¡Siempre os metéis en cada jalón!—gruñó Oscar, estirando de las riendas.

—¡Hay que dejar la diligencia!—gritó Bob.

Sin vacilaciones, saltó sobre los caballos, pasando de uno a otro hasta llegar al delantero, cuyos arneses corrió, y cabalgó libremente sobre él. Los demás imitaron su ejemplo y pronto desaparecieron de la vista de Oscar, que protestaba indignado de su conducta.

No obstante, a poco se le unió Bob y le entregó un caballo. Se internaron en la maleza de un valle, desorientando a sus perseguidores. Vadearon un caudaloso río, mas ya los volvían a tener encima. Cuando llegaron a un talud, descalgaron y treparon por él, dominando la vía férrea, por la que resoplaba un tren en su dirección.

Con una carcajada de alivio, se dejaron caer sobre el

techo de los vagones y corrieron hacia el tender. Antes de llegar a él, sujetaron a Erme por los tobillos y le hicieron escudriñar el interior del tren. Estaba repleto de policías. Corrieron hacia el tender y volvieron a comprobar lo mismo. Unos fusiles sobresalían del carbón.

No perdieron la sangre fría. Bob decidió montar en unos caballos ensillados, que les distanciaban de la máquina, pero antes propuso dar un golpe de mano. Los dueños del tren jugaban al poker, riéndose de uno de ellos, que aseguraba haber oído un choque en el techo, con un exceso de seguridad que les perdió.

Bob y los suyos forzaron la entrada del vagón acorazado, ataron a sus ocupantes y enviaron un cajón lleno de oro a la vía. Tras de lo cual montaron en los caballos que la fortuna había puesto a su alcance.

Primero saltó Oscar y tras él Wilson, Gary y Erme. Las sospechas del jugador de poker se renovaron al observar cómo descendían del tren en marcha, dándole una saludable lección de equitación. A medida que comunicaba sus temores a sus compañeros, éstos se burlaban de él, pero al fin cedió la alarma.

El tren se detenía, cuando Bob hizo saltar a su corcel de una altura inmensa a un río, bajo cuyas aguas desapareció...

Los vigilantes corrieron de un lado hacia otro, cambiando comentarios y anuncios de las fechorías de los Dalton. ¿Se habían llevado el oro, los caballos, atando a los guardianes!...

—¡Y menos mal que nos dejaron el tren!—aulló el maquinista.

* * *

En ocasión de dirigirse Julia a visitar a la señora Dalton, cuya casa había sido edificada de nuevo, le fué anunciada la llegada de Bob con sus hermanos y Wilson, y no logró disfrazar el disgusto que la noticia le producía. La anciana comprendió sus motivos perfectamente. ¿Habían pasado tantas cosas!

Los hermanos Dalton y Wilson se pusieron en pie para recibirla. Habían cambiado mucho; eran duros, iban sucios, rotos y en sus ojos brillaba una mirada feroz de animales perseguidos. El pensamiento de que Tod estaba en Kansas luchando por que reconociesen su buen nombre la estremeció.

Bob la abrazó con cruel impetuosidad, con la avidez de su belleza tantas veces soñada. Luego, rogó a los demás que

les dejaran solos, imitando la conducta de su madre. Julia le interrumpió en el momento en que iba a abrir la boca, pero él insistió:

—¿Es lo que me vas a decir. No te molestes. Nuestras vidas van a cambiar. Mis hermanos se irán a California y tú y yo a Sudamérica.

Enterada de estos propósitos, que de ninguna manera podía aceptar, vaciló antes de confesarle la verdad de su amor a Tod. Cuando llegó a hacerlo, Bob lanzó un grito de ira y se puso el sombrero de un manotazo, dirigiéndose hacia la puerta.

Entró en la cocina, ordenando a sus hermanos que permanecieran allí.

necieran allí o que en caso contrario se encontrarían en la montaña. Gary se abrochó el birrié y exclamó:

—Hemos hablado todos. ¿Qué te parece hacer una visita al banco del pueblo?

—¿No os he dicho que hemos concluido?—advirtió Bob.—No hay que pensar más en nuestro pasado.

Sin embargo, sus cuatro compañeros no se convencieron de sus prudentes razones. Sostuvieron un breve conciliábulo, en el que pesó más la ambición que su afán de regenerarse, y marcharon tras él.

Tod, en cuanto llegó al pueblo, se dirigió al despacho de Winters, quien simulando amistad hacia los Dalton y prestándoles un engañoso apoyo, se había aprovechado de la situación, apoderándose de sus tierras a bajo precio.

El joven le afeó su conducta, que él quiso justificar cínicamente, proponiéndole que entrara en su negocio y no pleiteara contra él. Tod le atravesó con los ojos y contestó que siempre estaría al lado de sus amigos.

—Ya hablaremos.

—Sí que valveré, pero usted ya habrá desistido—concluyó Tod, saliendo del despacho.

Estas palabras, que habían dejado a Winters muy pensativo, se le antojaron una amenaza, pues al mirar por la ventana descubrió a Gary y a los demás atravesando la calle en dirección del banco y ocultando unos rifles. Le dominó el pánico y los delató por teléfono al sheriff.

Gary y Erme se apostaron en un establecimiento fronterizo al banco, que fué invadido por Oscar y Wilson. Tod pasó ante ellos sin verlos, atravesó la calle y entró en su despacho.

—¡Bob! ¿Pero en que te has vuelto loco? Te bucan por todas partes—le dijo al encontrarle allí.

Bob le apartó de sí, estimando en estas cariñosas frases la intención de un insulto. Ciego de celos, de odio, de cuanto había sufrido justa e injustamente, envió su puño contra la mandíbula de Tod, aplastándole contra la pared y continuó golpeándole hasta que se desplomó al suelo.

En su mano brillaba el revólver, cuando Julia se postró junto a Tod, que yacía sin sentido, interponiéndose entre él y el arma. Bob gritó que se apartara y quiso obligarle

a hacerlo de un tirón; la señora Dalton, con los ojos arrastrados en lágrimas, suplicó:

—¡Bob! ¡Suelta esa arma!

La resistencia de ambas mujeres le transformó en un demente y levantó el brazo contra su madre, la cual palideció, pero sostuvo su mirada, hablándole con la dulzura de quien lo hace a un enfermo. La serenidad volvió a Bob, quien horrorizado de su gesto, hubiera dado gustoso su vida para borrarlo. Y con la cabeza humillada, dijo:

—La verdad es que los dos tenéis razón.

Su arrepentimiento fué truncado por una seca detonación, prolongada por el tableteo de un tiroteó. Fué hasta la ventana. Wilson y Oscar salían del banco cargados con unos equitos, mientras sus dos hermanos detenían a las personas enviadas contra ellos. Corrió hacia la puerta, pero antes se detuvo y besó a su madre, rogando:

—Julia, dí... dí a Tod que me perdone. No llores, madre, y perdona.

En la calle hizo fuego contra los tiradores metidos en un establecimiento situado en una esquina y les acalló. Remató su aparición, arrojando su revólver descargado contra los cristales y corrió hacia sus hermanos. Una bala le sacudió y le hizo rodar por el suelo.

—Bob...—gritó Gary.

—No ha sido nada—le tranquilizó—. ¿Me habéis desobedecido, eh?

Durante unos minutos sostuvieron el cambio de balas. Pronto, sin embargo, se percató de que era suicida permanecer allí; sus contrarios aumentaban. Pidió un revólver a Gary y les avisó que iba a pasar hacia los caballos. El y Erme le hicieron fácilmente, apoyados por sus tres compañeros.

En un momento despejaron a los defensores de los sacos. Precisamente éstos estaban amontonados al pie de la casa de Winters. Se asustó el traidor de su proximidad y no sintiéndose seguro, reaccionó contra ellos disparando con un rifle.

Wilson cayó alcanzado por una de sus balas. Gary, con sublime fidelidad, se detuvo a recogerle y fué herido en un hombro, a pesar de lo cual llevó a su amigo hasta detrás de los sacos. El último en salir fué Oscar, que, inconscien-

temente, se acercó a la tienda de su antigua novia. Esta, al verle tan próximo, se olvidó del peligro que corría el don Juan y se le echó encima, a pesar de sus protestas.

Momentos después, Winters partía al corasón de un hazo a Oscar.

—Esto se pone feo. Tencinos que marcharnos de aquí. ¿Podrás tú, Gary?—le dijo Bob.

Este tranquilizó a Bob, que se echó a cuestras a Wilson. Corrieron como exhalaciones; no obstante, estaban en un callejón sin salida. Los caballos parecían distanciarse y los rifles tenían blancos fáciles.

Ecme se desplomó retorciéndose y, cuando Gary quiso incorporarle, un proyectil acabó con él. Bob se tambaleó,

soltó a Wilson y vaciló antes de dar de bruces en el polvo. ¡Los Dalton habían perecido!

Un enorme silencio, tanto más grande cuanto mayor había sido el ruido de las detonaciones, invitó a Tod a investigar la suerte de sus amigos. Se apoyó en una cerca. Winters no desaprovechó la ocasión y levantó su rifle contra él.

Pero Bob no había muerto. Descubrió al desleal agente, causa de su fin, y con energía suprema alzó su rifle. Winters quedó doblado como un monigote en la ventana, mientras el bandido sonreía extrañamente.

Una semana más tarde, Julia y Tod se alejaban del pueblo para conquistar la felicidad en lugares que no les recordaran la tragedia vivida.

F I N

Números publicados: El signo del Zorro - El libro de la selva - ¡Qué verde era mi valle! - El hijo de Montecristo - El capitán Cautela - Estudiantes en Oxford - Cumbres borrascosas - La jungla en armas - El ladrón de Bagdad - Marineros a la fuerza - Esmeralda, la singara - Tarzán y la Diosa - La quimera del oro - Hace un millón de años - El alegre bandolero - Texas - El hijo de la furia - La tía de Carlos



Tod se detiene ante el escaparate de un fotógrafo.



Eran los hermanos Dalton.



Salinas de la tienda del fotógrafo.



Doc se escondió detrás de Ted.



Tirándola sobre el pavimento de la calle.



La profesión de Tad era, sencillamente, escoria.



Bob sujetó a Vera.



Los Dalton recogían su equipaje.



Oscar, que hacía el amor a una muchacha.



Bob comprendió el enamoramiento de Ted.



Julia era su prometida.



Lucy quiso hablarle a los invitados.



Conversaron a Ted que se quedase allí.



Los hermanos regalaron a su madre un estupendo carrivoché.



El amor de Ted y de Julia creció.



La joven creció su pasión a Ted.



*Se golpeó al hombre que iba a disparar contra su hermano,
con tal mala fortuna que le mató.*



Los sabios de River manifestaron a Ted.



River procedió tranquilamente, zomprando a los componentes del jurado.



Esperaron a los Hinchaberos.



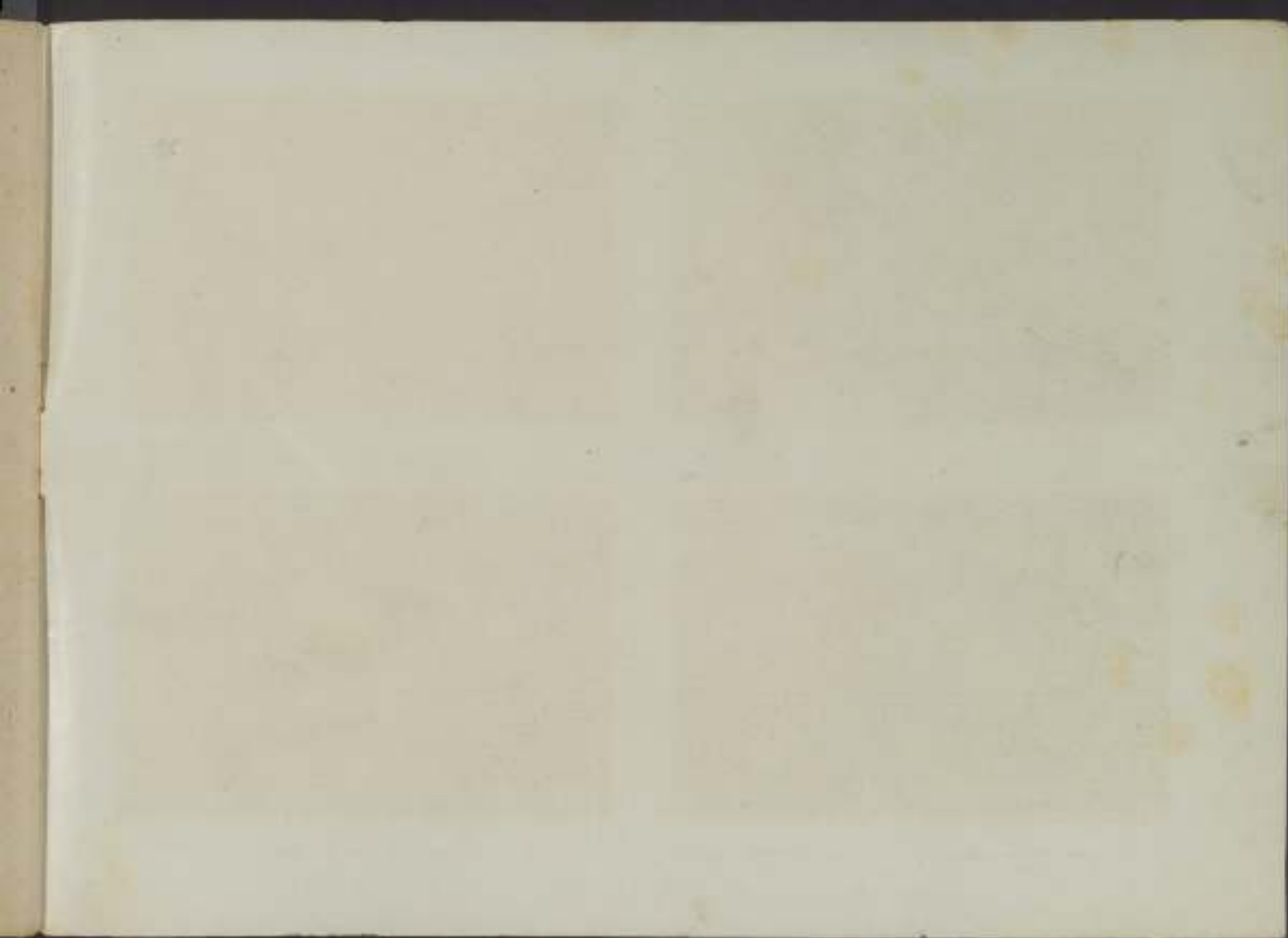
Se abrieron camino a tiros.



Los hermanos Dalton y O'Case salieron con las revólveres preparados.



Tot-pat ante ellos sin variar.



F. B.

Talleres Gráficas J. SOLER

Residencia 93 - Barcelona

Serie

"PELICULA BRANCA"